

843
G.



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

PA2235

- D6
P75

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVIÑÓ, 18.—BARCELONA

I

Animación extraordinaria reinaba en el muelle de la Corte la noche del martes de Pascua del año 1860, á consecuencia del baile infantil que daba la señora Averief.

La morada de esta señora había sido durante mucho tiempo una de las más distinguidas entre las que, todos los años, tienen el honor de recibir durante una de sus brillantes fiestas, fastuosas y sabiamente preparadas, á la familia imperial. A este privilegio contribuían la alcurnia de la dama, su prematura viudez—noblemente conservada en memoria del esposo muerto en Varna,—la saludable influencia ejercida sobre la generación crecida ante sus ojos y su exquisito trato para con sus relaciones, hábilmente conquistadas y mejor escogidas.

Por eso, cuando al acaecer la muerte de su hijo, el general Averief, sepultado en un torrente del Cáucaso, se cerraron las puertas de su morada y cesaron en sus salones las tradicionales fiestas, parecía como si faltara algo en aquellas noches invernales y tristes en San Petersburgo.

Durante cinco ó seis años, la casa de los Averief permaneció triste y muda; la familia y algunos íntimos eran los únicos que franqueaban aquellos umbrales, al parecer cerrados para siempre; pero un día, la noticia de que Prascovia Petrovna celebraba el restablecimiento de su único nieto, dando un baile infantil, circuló rápidamente por entre la alta sociedad petersburguesa, causando la natural extrañeza de un inesperado acontecimiento. A su casa acudió la flor y nata de la juventud. Las invitaciones fueron tan solicitadas por los niños como antes lo fueron por las madres, y los salones de la señora Averief se asemejaron á un delicado ramillete de capullos de rosa en incipiente florescencia.

El martes de Pascua de dicho año, caía en pleno Abril. El gran salón, revestido de mármol amarillo, donde se reunieron los niños, tenía cuatro balcones que daban sobre el Neva, y por ellos entraban los rayos oblicuos de un sol de primavera que perdiéndose entre los pliegues de los cortinajes, dejaba el resto de la gran sala, á pesar de sus grandes espejos del tiempo del Imperio, en una agradable penumbra.

Las jovencitas, acompañadas de sus institutrices, examinaban tímidas y en silencio sus trajes de baile, los chicos, más tímidos aun, habíanse colocado cerca de los balcones; algunas mamás, formando grupo, sonreían y hablaban.

De pronto, el maestro de ceremonias apareció por una de las grandes puertas del salón, y del mismo modo que el sol fúnde el hielo al contacto de sus ardientes rayos, el grave personaje, formando parejas y dando la señal del comienzo de la fiesta, animó á la concurrencia lanzándola por la anchurosa sala, en tanto que la orquesta, colocada en una habitación inmediata, daba al aire las lentas notas de una polonesa.

Rodeada de su familia y sentada, ó mejor di-

cho, entronada en un gran sillón colocado en el fondo de una sala carmesí, deslumbrante de luz, Prascovia Petrovna, con sus blancos cabellos rizados en anillos que caían á lo largo de sus mejillas, y su vestido de damasco blanco contundido entre los pliegues de una mantilla de punto de Venecia, parecía más que una simple mortal, una emperatriz del Oriente. Con la sonrisa en los labios y resplandeciente de bondad, veía como se acercaba hacia ella el pelotón infantil guiado por su nieto Sergio que vestía el uniforme de cadete de infantería.

Cuando éste llegó cerca de su abuela, le cogió la mano y depositó en ella un beso respetuoso acompañado de una sonrisa. La compañera de Sergio, de unos quince años de edad, todo lo más, saludó á la señora Averief con una graciosa reverencia. Todas las parejas siguientes, imitando el ejemplo de la primera, desfilaron inclinándose, y hasta los niños más pequeños, tan pequeños que apenas podían tenerse, bosquejaban un intento de reverencia. Cumplido este deber de cortesía interrumpióse el orden; un vals reemplazó á la polonesa, y las infantiles parejas empezaron á dar vueltas por el salón carmesí, mientras que numerosos criados iluminaban *a giorno* la gran sala amarilla.

Los retrasados fueron llegando; las mamás agrupándose alrededor de la señora Averief; los ayos se reunieron en el gabinete de Sergio; las institutrices comentaban en voz baja los detalles de la fiesta, y las expansiones de la alegría infantil, simpática y comunicativa cual ninguna, reemplazaron al solemne silencio de la anterior ceremonia etiqueta.

Los viejos artesanos de aquella mansión que databan del tiempo de Catalina la Grande habían presenciado muchas fiestas, pero ninguna tan divertida. El más viejo de los bailarines no llega-

ba á los veinte años, ni á diez y siete la de más edad de las bailarinas y todo este mundo incipiente, iba, venía, regresaba, sin otra idea de la vida que la de pensar que todos los días habían de ser martes de Pascua.

La señora Averief, rejuvenecida, parecía haber olvidado todas sus penas al contemplar la alegría de aquella turba á la cual, ni el gozo más expresivo, hacía salir de los límites de un irreprochable comportamiento. Un filósofo, tal vez hubiera manifestado su disconformidad á esta clase de educación perfecta que no deja nada á lo imprevisto; pero allí no había filósofos.

A las nueve y media, abriéronse las grandes puertas de roble del comedor; los tonos oscuros de los magníficos aparadores desaparecían bajo el reflejo de los servicios de plata; grandes lámparas con profusión de bujías ponían de relieve los caprichosos dibujos de la tapicería de cuero de Córdoba y en medio del comedor se destacaban luminosas tres mesas con manteles nítidos, cubiertos de vajilla de oro y cristal, y con grandes candelabros de plata vieja perdidos entre inmensos ramilletes de olorosas flores.

Al entrar en el comedor permanecieron los niños silenciosos, pero las mamás no pudieron reprimir un grito de admiración. Nunca había sido tan espléndido el decorado del comedor de la señora Averief.

—Es mi sobrino Miguel quien lo ha arreglado, dijo Prascovia Pretovna con una alegría sincera. Me prometió poner de su parte todo lo posible para que produjera buen efecto y celebró infinito que el éxito haya coronado su iniciativa.

—¿Y dónde se esconde el victorioso? dijo—una señora joven;—es tan modesto que no quiere presenciar su triunfo.

—Ha comido en casa de su tío, pero pronto vendrá—contestó la señora Averief.

Mientras los niños ocupaban sus asientos alrededor de las mesas, y se iban llenando de aromático te las tazas de Sajonia, la señora Averief dirigióse á una preciosa morena de catorce años y medio que empezaba á comer un dulce.

—¿Dónde está tu hermana, Nastia?—le preguntó.

—Allá fuera, con las institutrices...

Un tirón en el vestido, dado por la niña que tenía á su lado, la hizo ruborizar; reprimióse inmediatamente y añadió:

—Con aquellas señoras... es decir, la señorita Paulina está con ella.

—Y ¿por qué no ha venido aquí, contigo?

—Dice que es demasiado crecida y que su permanencia entre nosotras sería ridícula.

—¡Ridícula!—contestó la señora Averief, frunciendo el ceño.—¡Sergiol ves inmediatamente al saloncito azul y acompaña á Marta Milaguine.

Sergio salió, regresando al momento, con una joven vestida con un sencillo traje de muselina blanca y sin otro adorno en la cabeza que una espléndida trenza de cabello negro peinada en forma de corona.

—¿Qué quiere decir eso, Marta? ¿Encuentra usted ridículo el mezclarse con estos niños?

A esta pregunta, hecha en voz baja por la señora Averief, todas las miradas se dirigieron hacia la delincuente, aumentando su turbación.

—Soy yo la ridícula, Prascovia Pertovna, y no me atreva á presentarme. Mire si soy alta que sobrepujo en más de un palmo á todos los niños.

En efecto, Marta era muy alta. Podría tener unos diez y nueve años; su busto y sus espaldas eran admirables y aunque entre las amiguitas de su edad, no llamaba la atención por su estatura, en medio de aquellos niños que la rodeaban, parecía un álamo crecido por azar en un vivero de mimbrés.

La señora Averief sonrió; la ingenuidad de Marta la había desarmado.

—Como os sería un poco difícil reducir vuestra estatura, será necesario esperar que los demás desarrollen la suya. Ha sido usted muy amable viniendo á este baile sabiendo que no había usted de encontrar en ello ningún placer.

—Usted no tiene en cuenta el que me proporciona el verlo—contestó Marta con una sonrisa.

—Pues bien, ya que os place el ver una ruina como yo, siéntese á mi lado y tomaremos el te juntas.

Esta distinción constituía un honor muy solicitado entre los que rodeaban á la dueña de la casa. Acercaron un velador con el servicio especial de la señora Averief, que no tomaba otro te que el preparado por sus propias manos y las conversaciones, interrumpidas por el incidente reseñado, volvieron á reanudarse con animación cada vez más creciente.

En este momento entró Miguel Averief. Su presencia fué acogida por un coro de exclamaciones lo suficientemente lisonjeras para vanagloriar á un joven; pero Miguel parecía que estaba á ello acostumbrado, puesto que atravesó imperturbable el comedor, distribuyendo sonrisas y saludos á derecha é izquierda y llegó frente á su tía, delante de la cual se inclinó profundamente.

—Estoy contenta, Miguel—le dijo.

Inconscientemente actuaba de reina.

—Os doy las gracias, tía—respondió Miguel, besando por segunda vez su mano.

Su mirada en este instante se cruzó con la de Marta Milaguine, que no se había movido desde la entrada de Miguel. Este se sonrojó. Marta saludólo con una inclinación de cabeza afectuosa aunque un tanto altiva, bajó luego los ojos y así estuvo un gran rato sin osar levantarlos.

II

Miguel era de alta estatura y su uniforme de oficial de la guardia hacía resaltar la elegancia de su persona. Adorado de todas las jóvenes recién salidas del Colegio—y de muchas otras—se iba deslizando su vida con la tranquilidad de conciencia de un hombre que se respeta y que sabe lo que vale. No se le conocía inclinación amorosa alguna, razón por la cual se habían echado á volar toda clase de suposiciones. Se decía ocultamente, que entretenía á una actriz; que le dispensaba sus favores una dama del gran mundo; que estaba casado en secreto con una artesana de la Gorokhovaia; pero esta última aseveración había provocado tales carcajadas, que quien la hubo inventado—mujer, por supuesto, joven, bonita y despechada—no se atrevió á pronunciar más durante una semana el nombre de Miguel.

Se le veía pasear en drojki de alquiler á ciertas horas y se preguntaban dónde iba y por qué no utilizaba su carruaje propio.

Habiase concluido por descubrir que, dirigiéndose á la Academia Militar, encontraba de mal gusto lucir allí sus caballos, cuando muchos otros compañeros que á su juicio eran y valían tanto como él, llegaban á pie á falta de otro mejor medio de locomoción.

Todas las pesquisas habían fracasado. Y la verdad es que Miguel Averief había erigido un culto á su dignidad; no quería echarse encima ninguna de esas cargas que parece tener consigo

la vida de soltero y—sobre todo—que desde su entrada en el regimiento, amaba como un loco á Marta Milaguine.

Cuatro años antes—en cuya época tenía Miguel 18,—vió á Marta por vez primera. Regresando de hacer una visita al señor Milaguine se encontró con Marta en la escalera de su casa. Llevaba á su hermana de la mano y descendía lentamente, destacándose sus figuras sobre la alfombra verde de la escalera. En el rostro de Marta aparecía la expresión reposada de una madre, en tanto que partía, sonreía y saludaba cariñosamente á Miguel, cadete en la primavera pasada y oficial ya en aquel otoño.

Miguel se apartó para dejar paso á las dos hermanas: no vió más que á ellas, y momentos después anunció al señor Milaguine un poco confuso, que acababa de encontrar á sus hijas que salían.

—¿Solas?

—Creo que sí; me parece que iban solas.

Milaguine corrió hacia la ventana y regresó riendo.

—¡No ha visto usted á la institutriz!—dijo—¡Cuidado con no haber visto á la institutriz! Ya se lo diré.

—¿Para qué? no le digáis nada; os lo ruego—contestó el joven.

—¡Vaya, vaya con no haber visto á Paulina! Ni es tan pequeña que pase desapercibida, ni es fea. A vuestra edad, mi amigo, me fijaba yo más en las muchachas.

Cuando regresó Paulina con sus discípulas, el señor Milaguine le contó el pequeño incidente.

La institutriz fijó en él sus ojos negros y penetrantes sonriéndose con un aire fino y obsequioso al mismo tiempo.

Paulina estaba acostumbrada á pasar desapercibida; pero quiso que Miguel se fijase en ella, y

durante cuatro años, aparte de aquel día, puso todos los medios para llegar á conseguirlo.

Todas las tardes se arreglaba cuidadosamente ante el espejo de su tocador; repetíase hasta la saciedad que sus hermosos y largos cabellos castaños eran dignos de cubrirse con el velo de la desposada; que el satén blanco de un traje de novia le sentaría á ella tan bien ó mejor que á muchas otras, crecidas ante sus ojos y casadas ya á los 18 años, y que sería un gran desdoro el que cualquier dependiente de comercio, cualquier sub-oficial del ejército, ó uno de esos que por su posición social la solicitará, profanase los tesoros de su cuerpo.

No quería casarse con ningún alemán y le ilusionaba extraordinariamente la fastuosidad de los casamientos rusos. De vez en cuando soñaba que la Catedral de Isaac, espléndidamente iluminada para ella, centelleaba de luz; que los sacerdotes entonaban, á su entrada, cánticos nupciales, y que su futuro se adelantaba á darle el brazo, en medio de una multitud admirada; aquel esposo era Miguel Averief.

¿Por qué esta ambiciosa, sin antecedentes de familia, sin méritos extraordinarios—su instrucción se había reducido á obtener un diploma de institutriz en un colegio de Livonia—se había aferrado á la idea de casarse con Miguel Averief, el admirable, el inaccesible, el único? Precisamente porque era único é inaccesible.—No busca la riqueza, se decía Paulina, es capaz de casarse con cualquiera si se enamora; aquella á quien él quiera es posible que no tenga ni fortuna ni nobleza, y sin embargo se casará con ella... Es necesario que esa sea yo.

Por otra parte, Paulina tenía á su favor una probabilidad incontestable, una de esas probabilidades por las cuales más de una mujer hubiera dado su alma al diablo. Era bonita como una flor,

tenía 24 años y la experiencia de esa edad, unida á la frescura de su juventud.

La falta de una madre en la casa del señor Milaguine simplificaba la realización del arduo proyecto que se había impuesto Paulina Hopfer.

La señorita Hopfer, como le decían los criados, era la que preparaba las comidas, los tes y la que permanecía en el salón para recibir las visitas en unión de la antigua discípula. La educación de Nastia, que la molestaba, se confió á otras personas, bajo el pretexto de que el atender á los detalles le impedía apreciar y juzgar el conjunto, y poco á poco esta hija artificial usurpó el puesto á Marta; ella era quien aconsejaba al señor Milaguine la elección de los días de recepción, acerca de los invitados, la clase de comidas. El señor Milaguine tenía un cocinero excelente de cuya posesión estaba tan orgulloso como un rey de los diamantes de su corona.

En un momento de generosa expansión el buen hombre había manifestado á Paulina Hopfer que después de la muerte de la mujer, no pudo suponer que su casa pudiera haber ido tan bien dirigida. Paulina tal vez pudiera convertirse con el tiempo en la señora de Milaguine, una vez las dos hijas casadas y cuando su posición en la casa de un hombre solo pudiera parecer equívoca.

Peró este porvenir lejano no le satisfacía.

Quería reinar en seguida y luego, un marido viejo...

Miguel Averief era el esposo que le hacía falta. No le preocupaba la idea de casarse con un hombre que era unos cuantos años menor que ella. Existían precedentes que la tranquilizaban.

Y además—se decía—los grandes señores rusos no se preocupan por tan poca cosa. El príncipe X..., nuestro vecino, ¿no se ha casado con una bohemía diez años más vieja que él y que no tiene nada de bonita. El caide S... se enamoró

de una actriz vulgar y se ha casado con ella ante Dios y ante los hombres. ¿Qué razón existe, pues, para que yo, la virtuosa Paulina, no pueda tener una suerte análoga? Lo contrario sería una ironía del destino.

Como consecuencia de estas reflexiones, Paulina preparó sus baterías. En el fondo de su alma cultivaba un recuerdo memorable, con el mismo cuidado con que se atiende á una planta de reseda en una maceta.

Cierto día se entretenían en casa del señor Averief en juegos inocentes. Por tres veces consecutivas, Miguel designó á Paulina por compañera; por tres veces seguidas tuvo Miguel que besar la mano á una señorita, y Paulina fué, entre todas ellas, la que tuvo la suerte de sentir el roce del bigote del joven oficial en el dorso de su mano. Desde aquel día no había cesado de soñar en el momento en que sería la esposa de Miguel.

Mientras tanto, éste no dejaba de acudir á todas las comidas y á todas las reuniones del señor Milaguine. Después de una suculenta comida, tras los platos inimitables y los vinos exquisitos, se abría la puerta del comedor, y al salir de una atmósfera cargada de emanaciones cálidas, se iba Miguel á un saloncito tapizado de raso azul en donde se encontraba Marta, vestida de claro, noble y tranquila, que le sonreía apenas, que apenas le miraba, pero que cerca de la cual se sentía en el paraíso.

Marta le servía el café en una tacita de China, colocada delante de él. Desde hacía 18 meses se había apercebido de que su mano temblaba y había dejado de presentarle la taza, y se volvía á sentar. El saloncito se llenaba de invitados que se paseaban por él; resonaban las espuelas de los oficiales, pero Miguel no prestaba atención á otra cosa que á la voz de Marta, contestando á las preguntas de cualquier amigo de su padre.

Algunas veces le dirigía la palabra, pero, ¿qué le decía? nada, ó casi nada, una cosa baladí, una indicación acerca del buen tiempo, algo sobre ópera italiana. Marta contestaba con monosílabos y en seguida hablaba con otro; pero estos monosílabos servían á Miguel para vivir hasta la invitación próxima, hasta la nueva comida en casa del señor Milaguine.

Poco después llegaba la hora privilegiada. La señorita Hopfer arreglaba el servicio de plata, en cuya operación empleaba media hora. Cuando estaba hecho, venía á sentarse cerca de Marta, quien no tardaba un momento en desaparecer para acompañar á la cama á su hermana menor. Desde la muerte de su madre no había faltado nunca á este deber. Miguel le tendía la mano, ella le daba la suya con la misma ligereza que un pájaro que vuela roza sus alas con la hoja de un árbol; quedábase un momento parada en el dintel de la puerta, bajo los gruesos cortinajes de terciopelo granate que parecían envolverla en sus pliegues; desaparecía la cola de su vestido, cerrábase la puerta y Miguel salía de su éxtasis, á la voz de Paulina Vassilievna.

En sus conversaciones, procedía Paulina con una prudencia extraordinaria. Sin dejar adivinar nada de una pasión tan oculta que era un misterio para todo el mundo, daba á su voz y á su conversación inflexiones de ternura y carácter de intimidad; se interesaba por la salud de la familia de Miguel, de sus trabajos, de sus amigos, de sus caballos, de todo aquello que era propio y exclusivo de él. Y luego, ¿quería tanto á su antigua discípula convertida hoy en amiga! decía.

¡Amiga! Ya comprendió Miguel que ese concepto, en su verdadera acepción no era cierto, pero no quería dar importancia al error de un ser vulgar que confunde el trato con la amistad y se esforzaba en no prestar gran interés á la

conversación cuando Paulina le hablaba de Marta.

En invierno, durante el buen tiempo, se iba á pasear por el Parque de verano. Durante una ó dos horas iba y venía por las interminables avenidas del Parque para ver desde lejos á Marta y á su hermana á quienes no se atrevía á saludar.

A los ojos de lince de Paulina no pasó desapercibida su presencia.

—Miren á Miguel Averief que se marcha—dijo un día—cualquiera diría que nos huye; ni saludarnos quiere. Ya verá lo que le digo mañana en la comida.

—¡Se guardará usted mucho!—dijo de repente Marta en voz baja, pero irritada.—Os prohíbo hablarle.

—¿Me prohíbe? ¡Ha perdido usted la cabeza!—dijo la institutriz absorta y perpleja.

—Entienda que la peor de las inconveniencias es dar á los actos de un joven una importancia tal, que pueda suponer, por ella, que una se fija en sus acciones.

Paulina, herida en lo más vivo, palideció.

—Pero ¿no ve que es una broma?—dijo con dulzura.

—¡Tanto mejor!—contestó Marta, con ese tono resuelto y esa actitud que corta toda discusión.—Manténgale lo dicho.

Desde aquel día, empezó Paulina á estudiar atentamente á su discípula con objeto de conocer sus impresiones respecto al joven Averief. Las más escrupulosas investigaciones no le aportaron ningún dato. Marta seguía siendo tan impenetrable como los muros de los palacios orientales.

—¡Bah!—dijo para sí Paulina.—Si ella lo quisiera, no podría ocultarlo á los diez y ocho años...

Y esta señorita de confianza recordó, no sin una especie de rubor retrospectivo, sus apresuramientos amorosos, á los diez y siete años, con el

hijo mayor de un pastor de su ciudad natal. Desde este fracaso, aborrecía á sus compatriotas.

El baile de la señora Averief había llegado á ese periodo en el cual, el elemento joven, nota con pena que se cierran sus ojos á pesar de los esfuerzos en contrario.

Durante un momento de reposo, al final de un rigodón, las institutrices habíanse reunido en la puerta del salón de baile formando un grupo del cual se destacaba Paulina Vassilievna.

Los jóvenes hablaban formando corrillos ó paseando por el gran salón cuyas ventanas acababan de abrirse para ventilar el local mientras que las chicas desaparecían por el otro extremo, llamadas por sus madres, que temían los efectos de una corriente de aire en las sudorosas y desnudas espaldas.

¡Qué hermosa juventud! dijo una vieja señora, que había educado á dos generaciones en una misma casa y que por tales circunstancias se creía libre de toda circunspección.

Las institutrices jóvenes se ruborizan. ¡Había entre ellas tantas ambiciones deshechas, tantas esperanzas desvanecidas! En ese momento Miguel Averief, que daba el brazo á su primo Sergio, reía á carcajadas á pocos pasos del grupo,

Paulina Vassilievna no apartaba sus ojos de él; colocado en un sitio en donde la luz se estrellaba, por decirlo así, en su traje elegante, en sus galones de oro, sobre las negras ondas de sus cabellos cortos y revueltos, sobre sus dientes nítidos que el bigote hacía más relucientes, aparecía Miguel insolente de fuerza, de energía vital de belleza viril... Paulina estaba aturdida.

Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y todo su ser puesto en aquel hombre,—no hay en el mundo un caballero que pueda compararse con Miguel Averief, dijo, como para responder á la exclamación de la vieja señora.

Miguel volvióse bruscamente hacia ella y la miró con un aire de indecible desdén. Cesó inmediatamente su risa y se separó de su primo.

Este, con la picardía de sus 18 años, inclinóse profundamente ante Paulina.

—¿Y yo?—preguntóle con voz humilde.

—Usted es digno primo de su primo—le contestó riendo la vieja señora;—solamente que él es modesto y usted no lo es.

Todo el mundo se puso á reír, incluso Miguel, Paulina más fuerte que todos.

Cerráronse las ventanas; resonaron los primeros acordes de una mazurka, abriéronse las puertas y las niñas invadieron nuevamente el salón como enjambre de mariposas impulsadas por un soplo de aire.

Mientras que las institutrices se iban retirando hacia el salón azul, la señora de blancos cabellos se acercó á Paulina y le dijo al oído:

—Pretende usted mucho, querida, y no es ese el modo de conquistar á Miguel Averief.

Paulina volvióse inmediatamente con una contestación envenenada en los labios; pero la buena señora estaba hablando plácidamente con una suiza que tenía por discípula á la niña más indisciplinada del mundo y se quejaba de ello.

Refrenó Paulina su cólera, pero sus ojos se velaron con una especie de niebla parecida á esas brumas malsanas que en los países infectos de malaria se elevan del suelo al ponerse el sol. Separóse del grupo y volvió audazmente á apoyarse en el dintel de la puerta del salón de baile.

Las parejas iban desfilando ante ella, impulsadas por ese movimiento rítmico y cadencioso de

la mazurka; las espuelas de algunos oficiales resonaban en el suelo; los piecitos de las niñas iban marcando armoniosamente los graciosos pasos de este baile, y el movimiento ondulante de aquella multitud, iba y venía en un constante y encantador flujo y reflujo.

Sergio Averief bailaba con Nastia Milaguine y dirigía la mazurka en medio de grandes carcajadas. Una figura complicada reunió en el centro del salón á un grupo confuso para luego irse separando por parejas. Miguel pasó por delante de Paulina dando el brazo á Marta Milaguine á quien la señora Averief había obligado á bailar; ella, encarnada, con los ojos bajos, escuchando la conversación del joven; él, reflejando en su cara la felicidad y el triunfo, parecía que marchaba con Marta á la conquista del mundo.

—¡Ella!—se dijo Paulina, con el corazón partido.—Por ella es capaz de andar á cuatro patas y por mí... fué desdén!

Una amarga sonrisa plegó sus labios, mientras que veía á Marta dar vueltas en los brazos de Miguel.

De repente, se disiparon sus ideas, empezó el corazón á latirle violento, sintió que el paraíso descendía á su alma... Miguel la miraba... se dirigía á ella... ¡á ella con preferencia á las demás!

—¡Pero, si yo no bailo!—iba á decirle...

—Paulina Vassilievna—le dijo Miguel con amable sonrisa, Marta Pavlovna ha dejado olvidado el abanico en el cuarto tocador. Yo no puedo entrar allí, ¿tendría usted la bondad de ir á buscarlo?

—¡Que atento es!—dijo la institutriz suiza á sus compañeras que aprobaron el concepto con un signo y un murmullo.

Paulina recibió en pleno pecho y sin inmutarse lo que consideró como una ofensa. Palideció ligeramente y con la misma sonrisa en ella acostum-

brada, se dirigió al tocador contiguo y volvió en seguida con el abanico en la mano.

—Gracias Paulina. Os pido perdón por la molestia.

Y Miguel se fué corriendo á través de los grupos mezclados en una armónica confusión.

—¡Una criada—se decía Paulina, sin moverse del dintel de la puerta—¡una criada! una camarera de ella, de ella... á quien él adora.

La mazurka duró una hora todavía, y allí quedó Paulina hasta el último momento. Maquinalmente iba marcando el compás con los dedos de una mano sobre el puño de la otra y sus ojos seguían los movimientos del caprichoso baile, en tanto que una resolución inquebrantable, un odio inexorable se iban despertando en su alma, á manera de esos euforbos de los trópicos que retoñan en una noche y desenvuelven en pocos días su altura gigantesca y sus implacables venenos.

Hacia ya mucho rato que los niños, rendidos, dormían en sus respectivos lechos, y que la mansión de la señora Averief, había quedado obscura y silenciosa. Paulina Hopfer, en su habitación del segundo piso de la casa del señor Milaguine, reflexionaba, vestida todavía, sobre los incidentes de aquella noche. No había hallado el medio, á pesar de sus múltiples pensamientos, de separar á Marta de Miguel, pero estaba segura de encontrarlo, un día ú otro.

Esta idea la decidió á irse á acostar.

Al levantarse de la silla, rodó al suelo un objeto que olvidó en la falda, durante sus largas meditaciones. Buscándolo, puso el pie encima y lo rompió; era un medallón heredado de su ma-

dre y al que tenía en gran estima. El estado de excitación y la fatiga, habían puesto sus nervios en una contracción violenta y esta crisis se resolvió en copioso llanto.

—A ella le debo todo esto,—murmuró entre dientes;—ya me lo pagará todo junto.

Y bajo el influjo de esta noble resolución, Paulina se quedó dormida.

III

Miguel Averief entró en su casa bajo la impresión de la más franca alegría.

Durante las dos horas que estuvo bailando con Marta, en conversación interrumpida á cada momento por los caprichos de la mazurza, se iba renovando como por encanto. Marta había adivinado sus entrecortados pensamientos y los había concluído de dar forma y una atracción simpática y muda entrelazó sus manos bajo una especie de inteligencia involuntaria.

Miguel no le dijo ni una palabra de amor y Marta ni se sonrojó ni se emocionó al escuchar sus frases, pero estaba segura de que era amada. Miguel soñó las cosas más extravagantes. Vagando por el espacio infinito, iba con Marte sentado en el creciente de la luna, arrastrados por nubecillas blancas cuyos celajes perdíanse en el azul inmenso...

Se despertó tarde; un hermoso sol de Abril lanzaba sus rayos á través de los cortinajes de la ventana de su habitación; levantóse, almorzó de prisa y salió á la calle, á pie, con objeto de poner

orden en sus ideas antes de dirigirse á casa del señor Milaguine para pedirle la mano de su hija.

Le entretuvieron tan agradablemente sus pensamientos que dió por dos veces la vuelta á la Serguievkaia antes de decidirse á entrar en casa de Marta; pero el tiempo transcurría, Marta iba á salir para dar su habitual paseo, y ante esta idea, cambió el paso y emprendió rápidamente el camino.

Un carruaje parado en la puerta de la casa le hizo caer en su anterior perplejidad. La irrequieta elegancia del equipo, el magnífico tronco de caballos y el tipo del cochero, único en San Petersburgo por su enorme corpulencia y por su gran barba que le llegaba hasta la cintura, proclamaban el nombre del rey de la juventud elegante, el príncipe Alejandro Oghérof.

Dos soberbios lebreles de pelo largo y gran tamaño, blancos como la nieve, aparecían tendidos sobre los asientos del coche. Parecía que estaban acostumbrados á ocupar este sitio en ausencia de su amo. Sus adormecidos ojos apenas seguían el movimiento de los transeúntes.

—Esperaré á que ese loco haya salido—dijo Miguel experimentando una contrariedad. Y volvió á su interrumpido paseo.

Evidentemente, de todos sus compañeros de regimiento, Alejandro Oghérof habría sido el último á quien Miguel hubiera tomado por confidente en estas circunstancias y no es que tuviera nada que decir de particular contra este brillante oficial, pero, como manifestaba la señora Averief, le faltaba seriedad. El primero siempre en las locuras del elemento joven de su regimiento, estudiando siempre cosas nuevas para variar la monotonía de sus diversiones y de sus deberes sociales, parecía, en sus originalidades, haber agotado hasta lo imprevisto. En muchas ocasio-